



LA REBELDIA INDIGENA NICARAGUENSE (1523 - 1542)

Por: Antonio Esgueva

I. INTRODUCCION

Hay quienes, interpretando a la ligera ciertas frases o pasajes, que narran los cronistas españoles, piensan que la conquista en Nicaragua fue un paseo triunfal del conquistador español ante un indio que "de su natura era gente muy mansa e pacífica" (1). Y efectivamente, a ello dan pie, aparentemente, los relatos de Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Angleria al narrar que, cuando el soldado español apenas ha pisado el suelo nicaragüense, ya entabla el famoso diálogo con el cacique Nicarao y este y el otro cacique, Diriangén, le ofrecen abundante obsequios. (2).

Sin embargo la realidad nos va a demostrar que tal visión está muy lejos de ser objetiva y podremos afirmar al final de este trabajo, basándonos incluso en la visión de los propios cronistas, generalmente al lado de los conquistadores, que el indio nicaragüense fue rebelde y que la resistencia aborigen tiene en este territorio "un carácter sangriento, tenaz y continuado contra el invasor español" (3).

II.- LOS HECHOS:

1.-DIRIANGEN Y NICARAO:

Cuando se presentan los indios con sus respectivos caciques, Diriangén y Nicarao, ante los españoles, jefeados por Gil González Dávila, seguramente los hispanos pensaron que los indígenas se les estaban sometiendo al venir llenos de regalos. Sin duda alguna el conquistador español desconocía la manera de pensar y expresarse los nativos de estas tierras con relación a la guerra y no sería pequeña su sorpresa cuando se sintieron atacados primero por Diriangén, el cacique que los visitó lleno de obsequios y, acto seguido, por Nicarao, quien no solamente les había ofrecido regalos, sino también externamente había aceptado la religión y el bautismo de los conquistadores.

¿Qué había pasado? ¿Es que los indios no tenían palabra ni solían cumplir sus promesas? ¿O es más bien que los españoles no comprendieron la forma de pensar ni de actuar los caciques cuando tan generosamente se presentaron ante ellos con las manos llenas de regalos?

"Trajo este régulo, Diriangén, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos o algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía a su lado y entendían a los nuestros qué motivo le había inducido a venir, dicen que respondió que por lograr ver a la nueva gente que había oído andaba por aquellas regiones, y saber lo que deseaban de él, ofreciéndose a obedecerlos" (4).

Diriangén no acepta el bautismo, al menos en ese primer encuentro, y sale con una evasiva ante la exhortación de Gil González a bautizarse con toda su gente y aceptar la obediencia del rey de España:

"Respondió que le parecía bien ambas cosas y prometió que a los tres días volvería a recibir órdenes de los nuestros y se marchó" (5)

Tal contestación la confirma Oviedo "Preguntóseles que cuando se querían bautizar, é le dixerón

que desde á tres dias venían a ello" (6)

Si Diriangén, al hablar con Gil González, le había salido con una evasiva, aunque de hecho le ofrece regalos, el cacique Nicarao no sólo le ofrece regalos sino también establece con él una conversación amena e incluso acepta el bautismo y la fe de los españoles:

"Y en llegando, apossentó al capitán é á a los españoles en una placa é casas de alrededor de ella, é luego le presentó parte de quince mil pessos... E en dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, dixo que quería ser chripstiano é é sus mugeres é indios, y en un día se baptizaron más de nueve mill personas" (7)

Vistas así las cosas y teniendo presente la mentalidad española no es de extrañar que los aguerridos invasores se sintieran más o menos seguros y satisfechos, habido tan extraordinario e inusitado recibimiento.

Pero como dista el cielo de la tierra, así distaba el pensamiento de los indios del pensamiento español. Porque estos gestos culturalmente tenían significados diferentes en ambos pueblos, el español y el indígena. Lo que unos interpretaban era diametralmente opuesto a lo que los otros pensaban; lo que significaba para unos paz, en el fondo significaba para los otros guerra. Absurdo es pensar que los indios, pueblos dispuestos siempre al combate, se sometiesen a un extraño, con un pequeño ejército, sin darle la guerra, sin oponerle resistencia, por el simple hecho de que el invasor les solicitase una sumisión total.

El doctor Pérez Estrada afirma que "Nicarao desconocía la escala de valores que le exponía el español y sólo es posible sospechar que comprendería la idea general de un pretendido dominio extranjero, algo evidentemente inaceptable" (8). Pero siempre queda en pie la pregunta de por qué ofrecieron regalos de oro y todo lo demás tanto por parte de Nicaragua como de Diriangén.

Siguiendo al doctor Pérez Estrada, hay que tener presente que los indios tenían una forma determinada de proclamar la guerra, que el español, por supuesto, desconocía. "La guerra era, en su inicio, objeto de una ceremonia que se realizaba por medio de embajadores quienes exponían sus razones al grupo o tribu que deseaban atacar... Y dialogaban los embajadores intercambiando OBSEQUIOS" (9). Esto se hacía hasta tres veces. Es lógico pensar que los intercambios y regalos se hiciesen no tanto para declarar la guerra cuanto para, diplomáticamente, evitarla.

Para la mentalidad indígena, acostumbrada a lo anterior, era ininteligible la misiva de Gil González Dávila, cuando envía delante de sí mensajeros diciendo a los caciques, en este caso a Nicarao, que se hagan cristianos y que obedezcan a las leyes del rey de las Españas.

"é que si esto no quisiesse hacer, ni ser vassallo del grand Rey de los chripstianos, que se saliesse al campo de guerra, que otro día sería con él" (10).

Nicarao, no obstante incomprender esta misiva, acepta al invasor en su pueblo, agasajándole a la manera india con grandes obsequios. Diriangén, por su parte, habiendo oído de la fama del nuevo visitante y teniendo la curiosidad de conocer las fuerzas con que venía el invasor, se presenta ante él, también según la costumbre india, ofreciéndole excelentes obsequios de oro. Poco tiempo después se verá si se pretendía someter o no:

"Ellos vieron el poco número de nuestros españoles, y al tercero día que dixerón... estando los españoles descuydados de la guerra, sábado diez é siete de abril, á medio día, é con grandissima calor, dieron sobre el capitán Gil González é su gente hasta quatro mill indios armados á su guisa, con unos jubones o coracas, sin mangas, de algodón bastados, é armaduras de cabeca de lo mismo, é rodela y espadas de palo reccias, é muchos dellos con arcos é flechas..." (11).

Esta es la contestación de Diriangén a la propuesta española de que se bautizase con toda su gente y es también el cumplimiento de su palabra de que al tercer día había de venir, pero no a bautizarse con agua, como los españoles pensaban y deseaban, sino con sangre. Era la hora de guerrear contra el intruso español y de demostrar también la valentía del que de ninguna manera se consideraba inferior al extranjero:

"Pidió tres días de término, para comunicarlo con sus Muge-

res i Sacerdotes: i supose que era para juntar Gente, i robar á los Christianos, menospreciando el poco número de ellos, i diciendo, que no eran ms valientes, que él" (12).

Se dio la batalla y fue dura y feroz y según lo atestiguan los cronistas. Los indios demostraron valentía en el combate y la fiereza india se vio aún más en la retirada:

"Fueron tantas las varas é flechas é piedras que los indios le tiraron, que passo mayor peligro que quando de la placa los echaron" (13).

Si el combate presentado por Diriangén fue encarnizado, no menos feroz fue la batalla que presentó Nicara, acto seguido, cuando ya el español, Gil González, se volvía al Darién, cargado de una enorme cantidad de oro, transportado a lomo de los propios indios:

"Comencaron indios de salir de su rastro, é decían á a los indios que les llevaban las cargas, que las dexassen ó se huyessen con ellas...é la gente que salía del pueblo, era innumerable é muchos dellos flecheros...pero quando los de caballo volvían, era tanta la priesa del huyr dellos los indios, como la que suelen hacer los peones en mi tierra de aquellos bravísimos toros de la ribera del Xarama..." (14).

La persecución de los bravos indígenas fue tenaz, incesante. A pesar de tener bajas seguían combatiendo bravamente. Sólo al final del día:

"...Cómo vieron los contrarios que perdían gente, e no ganaba nada en seguir á los chripstianos, quando el sol se puso, dixeron que querían paz y el capitán Gil González se la otorgó" (15).

Esta es una paz hecha en momentos en que el propio español salía precipitadamente del territorio nicaragüense hacia el Darién. Es cierto que la piden los indios, pero también es verdad que Gil González demostró una gran prudencia al retirarse de los dominios de tan bravos caciques, que combatieron rudamente frente al español, quien contaba con los caballos y armas necesarias para derrotarlos.

Aparentemente aquí se inicia la paz en la época colonial nicaragüense entre el español conquistador y el indio conquistado, entre el dominador y el dominado. Pero lo que aparentemente podía suponer una etapa fácil y cómoda para el invasor, no fue otra cosa que la continuación de una guerra más o menos prolongada, declarada por la rebeldía congénita del hombre indio, nacido para ser libre y amante

de su libertad, aún con el riesgo de perder su propia vida.

Tenemos, pues, que en esta primera etapa, en este primer encuentro entre indígenas nicaragüenses y caballeros españoles no hay un sometimiento pacífico, sino una guerra tenaz librada con valentía por dos grupos de indios encabezados por sus propios caciques, Diriangén y Nicara.

No se da en Nicaragua el fenómeno de considerar a los españoles como seres superiores o teotes, como se dio en otras partes, según nos cuentan documentos de la época:

"Todos quedamos admirados de su terrible aspecto, pues hasta entonces no los habíamos visto, y nuestros reyes los consideraron como dioses" (16).

"Y enterramos al muerto en una de aquellas casas, que tenían hechas en los soterraños, porque no los viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos Teules, como ellos decían" (17).

Aún en la Isla Española los indios creían que:

"los cristianos ... debían ser inmortales, é que por heridos ni otro desastre no podían morir; y como habían venido de hacia donde el sol sale, así peleaban; que era gente celestial e hijos del sol, y que los indios no eran poderosos para los poder ofender" (18).

Según estos testimonios en algunos lugares deificaron a los españoles por lo que la conquista en un primer choque no fue tan violenta. Algunos incluso esperaban el retorno de Quetzalcoatl y según sus cálculos coincidía con el año de la llegada de los españoles, lo que supuso un sometimiento en algunos grupos. Estos fenómenos no se dan, sin embargo, en Nicaragua. Incluso Oviedo nos presenta a Diriangén "diciendo que (los españoles) no eran más valientes que él" (19). De ahí su lucha y su tenacidad contra Gil González, al que en ninguna manera ha deificado ni siquiera le ha considerado superior a él. El ataque de Nicara, por su parte, también indica la confianza que tenía en sí y las posibilidades que veía de derrotar al español, al que consideraba como mortal.

2.- DE HERNANDEZ DE CORDOBA A PEDRARIAS

Una vez que Gil González llegó al Darién y habló de las riquezas que había visto en los cacicazgos de Diriangén y Nicara, se le abrió el apetito de ellos a Pedro Arias Dávila (Pedrarias), quien estaba dispuesto a permitir una nueva expedición que proponía Gil González, siempre que fuera en su nombre. No aceptó el capitán González Dávila, porque Pedrarias sólo le daba el rango de teniente y entonces Pedrarias decidió cambiar el rumbo de la expedición que organizaba hacia el Levante enrumbandola a Nicaragua y nombró como Teniente General a Francisco Hernández de Córdoba. Fue a finales de 1523. En la expe-



dición llegaron también a Nicaragua Hernando de Soto, Sebastián de Badalcázar, Gabriel de Rojas y Francisco de Campañón.

Antes de llegar a Xalteba tuvo que vérselas en varias ocasiones con los indios que le hostigaron. Antonio de Herrera nos lo relata:

"Pasó treinta leguas adelante, á la Provincia de Nequecheri, adonde fundó la nueva Ciudad de Granada, en la orilla de la Laguna: i fabricó vn templo mui sumptuoso, i vna Fortaleza, porque aunque hasta entonces havia tenido victoria, en muchos reencuentros con los Indios... convenia asegurarse de ellos" (20)

Después de atravesar el istmo de Rivas con grandes dificultades y de fundar Granada, se dirigió a la provincia de Imabite donde, también no lejos del otro lago, el Xolotlán, fundó la ciudad de León. Así fue poblando lo conquistado con colonias de españoles a los que benefició entregando tierras y encomendando indios, según la costumbre hispana en todos los territorios conquistados anteriormente:

"El capitán Francisco Hernández, fundó las cibdades de León é Granada con sendas fortalezas en la costa de la grand laguna, é repartió y encomendó los indios á los pobladores chripstianos" (21).

En adelante la ciudad de León, a orillas del Momotombo, fue escogida como capital de la provincia. Desde allí extendió sus ulteriores conquistas.

Los primeros encuentros habidos con los indígenas de estas zonas de occidente fueron sangrientas. La superioridad del conquistador se impuso debido a sus instrumentos bélicos y al uso del caballo, al que los indígenas tenían pánico. Pero no por eso cesaban en atacar una y otra vez. El cacique Don Gonzalo, ya viejo, recuerda con tristeza aquellos, hechos y se los relata así al cronista Benzoni:

"Tú debes saber, señor, que cuando nosotros oímos cómo los cristianos venían a nuestros países y nos dimos cuenta de las crueldades que cometían en todo lugar, matando, incendiando, robando, convocamos a nuestros amigos y confederados, y reunidos en consejo decidimos luchar y morir todos combatiendo valerosamente, antes de ser sojuzgados por ellos. Con tal determinación preparamos lanzas, piedras, flechas y otras armas, y tan pronto como los cristianos llegaron a nuestros pueblos, y los atacamos y

combatimos una buena parte del día. Pero al final la mayoría de los nuestros, asustados por el impetu de los caballos, se pusieron en fuga. Mandamos luego dos embajadores al capitán de los cristianos a pedir la paz, pero con la intención de renovar nuestras fuerzas; nos aceptó como amigos y buena parte de nosotros, fingiendo, fuimos cantando y bailando a visitarlo, y les llevamos muchas joyas de oro y otras cosas. Regresamos a nuestras casas y en tres días nos reorganizamos y atacamos a los cristianos. Más pronto, como la otra vez, los nuestros huyeron, y así de nuevo, y con la misma intención que antes, volvimos a pedir la paz. Habiéndola obtenido, reunimos nuestra gente y después de discutir llegamos a una firme y deliberada determinación: antes morir todos que quedar siervos de los cristianos..." (22).

Este texto habla por sí mismo de cuán valiente y aguerrida era la población indígena de este país, cuyos habitantes, por varias veces consecutivas, a pesar de ser vencidos, siguieron la lucha, porque preferían "morir antes que ser esclavos", consigna que recogerán posteriormente quienes han querido liberar a su patria del dominio extranjero y que hoy se traduce en "Patria libre o morir".

En esta cita hay una enumeración sucesiva de batallas y derrotas indígenas, una predisposición combativa admirable y cronológicamente hay que extenderlas más allá de las incursiones de Hernández de Córdoba. Sin duda alguna también reflejan situaciones vividas en la época de Pedrarias, siendo ya gobernador de Nicaragua.

La imaginación indígena desborda lo esperado y a pesar de las derrotas sufridas inventan lo inesperado para los españoles. Los indios Maribios "pensaron en un nuevo ardid de guerra", - algo que llenó de horror a los españoles y que dentro de la mentalidad indígena hay que relacionar con la costumbre sagrada de los Desollados en honor de Xipe -. Oviedo nos relata al respecto:

"Un caso cruel é notable, nunca oyo antes, diré aquí... acaeció... durante la conquista del capitán Francisco Fernández, teniente que fue de Pedrarias; é fue desta manera: que cómo los indios vieron la osadía y esfuerzo de los españoles, é temían mucho de los caballos, é nunca avian visto tales animales, é que los alancaban é mataban, pensaron en un nuevo ardid de guerra,

con que creyeron que espantarían los caballos é los pornían en huyda é vencerían a los españoles. E para esto, cinco leguas de la cibdad de León, en la provincia que se dice de los Maribios, mataron muchos indios é indias viejas de sus mesmos parientes é vecinos, é desolláronlos, después que los mataron, é comieron la carne é vistiéronse los pellejos, la carne afuera, que otra cosa del indio vivo no se parecia sino los ojos, pensando, como digo, con aquella su invención, que los chripstianos huyrian de tal vista é sus caballos se espantarían. Cómo los chripstianos salieron al campo, los indios no rehusaron la batalla: antes pusieron en la delantera essos indios que traian los otros revestidos, é con sus arcos é flechas dieron principio á la batalla animosamente é con mucha grita é atambores. Los chripstianos quedaron muy maravillados de su atrevimiento... é los chripstianos consiguieron la victoria. E de allí adelante decian los indios que no eran hombres los chripstianos, sino teotes..." (23).

La cita es macabra. Aquí la astucia y la valentía se aunaron, aunque al final de la batalla una vez más el coraje y arrojo de los españoles, apoyados en el impetu de los caballos, salieron airoso. Es sin embargo digno de tomarse en cuenta las últimas palabras, que implican no solamente una derrota militar indígena, sino principalmente una derrota psicológica, ya que es el inicio de un reconocimiento de que el español es superior a los indios pues estos llegaron a decir y pensar "que no eran hombres los chripstianos, sino teotes". Aquí, por primera vez en la historia de Nicaragua, el indio se da por vencido. No son todos los pueblos, sino una parte del pueblo Maribio, que no obstante por otras razones emprenderá de nuevo la lucha contra el español. Esto sucedió en 1525.

Por este tiempo se dieron guerras internas entre algunos capitanes españoles, que cayeron sobre Nicaragua como aves de rapiña. Cada uno, en nombre propio o de quien representaba, se quería apoderar de ella. Gil González, Cristóbal de Olid, Francisco Hernández, Francisco Riquelme, Francisco de las Casas, Hernán Cortés, Pedrarias, Diego de Salcedo, Pedro de los Ríos son los principales nombres. A las luchas internas hay que sumar las luchas contra los indígenas, que son los que aquí nos interesan.

Las rebeliones de los nativos siguieron:

López de Salcedo, el gobernador de Honduras, al saber que Pedrarias y

sus capitanes andaban por Nicaragua, nos dice Oviedo, "acordó de yr allá" (24). Camino de Nicaragua en Olancho "Se dedicó a ahorcar indios bajo pretexto de castigar las muertes de los castellanos que en aquel lugar habían ejecutado" (25).

La respuesta indígena no se hizo esperar y tan pronto como se encaminó a Nicaragua.

"Los aborígenes dieron fuero a los caseríos y se retiraron a las montañas; pero no se atrevieron a atacar a sus enemigos, porque como el gobernador había traído más de trescientos indios cargueros, y entre ellos algunos principales en calidad de rehenes, temieron, no sin bastante razón que sobre sus compañeros inermes descargase Salcedo la fuerza de su terrible venganza" (26).

Cuando el capitán de Pedrarias, Diego Albítez, junto con Sebastián de Benalcázar el escribano Juan de Espinosa son hechos prisioneros por Diego de Salcedo y remitidos a Santo Domingo, al ser liberados y tener licencia para regresar a Nicaragua, al desembarcar en Trujillo para dirigirse a León, se dan cuenta del peligro de llegar a esta ciudad:

"Porque la tierra estaba alcada é rebeldes los indios por donde avian de passar" (27).

En Telpaneca los indígenas también "mataron un hidalgo muy honrado que avia seydo juez desta nuestra isla (la Española) llamado Alonso de Solís" (28).

En Villahermosa en el año 1527 sucedió la matanza de Benito Hurtado, uno de los capitanes de Pedrarias.

"Los indios dieron sobre el capitán Hurtado é los chripstianos que allí estaban, é le mataron á él é á los más dellos, que no escaparon sino muy pocos. E quemaron aquel pueblo, que como es dicho le avia hecho nombrar el gobernador Pedrarias Villahermosa, nombre bien impropio á lo que le subcedió. La desventura destos fué veynte é uno de enero de mill é quinientos é veynte y siete años, é sobre suguro é viniendo los indios de paces á servir á los chripstianos, que estaban en Villahermosa con el capitán Benito Hurtado, al que mataron é diez é nueve chripstianos é veynte é cinco caballos é los indios que lo hicieron eran del Valle de Olancho" (29).

La afirmación de Oviedo de que fue seguro y en son de paz indica la astucia del indígena para lograr sus objetivos. Con frecuencia usaban la simulación para ser más efectivos. Antonio de Herrera nos detalla cuál fue el procedimiento que emplearon.

"Estando de acuerdo ciento é cincuenta Caziques, trataron de matar á

los Castellanos de Vlancho, para librarse de servidumbre; i para esto se aprovecharon de la ocasión de haverles mandado que se llevasen haces de Cañas, i de Maiz para cubrir las Casas, entre los quales escondieron sus Arcos, Flechas, i Macanas, que son sus Espadas, de durísima madera, rollizas, i agudas en las puntas, como cuchillos, i á media noche cuando los Chripstianos dormían, dieron en ellos, asistidos de otra multitud de indios, que para ello estaban apercebidos:... mataron... al capitán Hurtado, con quince castellanos, i entre ellos acabó sus dichas el Capitán Juan de Grijalva: pusieron fuego á las casas... con lo cual los indios se ensobervecieron, i en muchos años no se pudieron sujetar" (30).

Oviedo, por su parte, afirma que los que echaron a los españoles del Valle de Olancho fueron indios nicaragüenses:

"Decía Cereceda en sus letras: que era grand causa de su daño no aver otro pueblo la tierra adentro, después que los de Nicaragua echaron del Valle de Vlancho los que desde Trujillo tenían allí poblada una villa, é después, los indios los mataron é hicieron dexar la tierra" (31).

En tiempos de Pedrarias, siendo ya gobernador de Nicaragua, sigue y se incrementa la resistencia indígena, extendiéndose por todo el territorio nacional, hasta el punto de afirmar Wheelock, que "el tipo de guerra librada por los naturales, tal vez sin estar conscientes ellos mismos, era de verdadera liberación nacional; una guerra desesperada por conservar su existencia como raza" (32).

Leyendo a los cronistas encontramos, además, un alto grado de organización colectiva. Los indios aunaron sus fuerzas y las trataron de sincronizar para caer sorpresivamente sobre los españoles en diferentes lugares del país, incluyendo la capital, León:

"Poco después de llegado Pedrarias, viendo los indios las pocas fuerzas de los Castellanos, acordaron de dár en el Pueblo de las Minas, i sobre las Ciudades de León, i de Granada, todos á vn tiempo" (33).

La confabulación fue descubierta por los espías de Pedrarias y el ataque que no se llevó a cabo en las ciudades, aunque sí en las Minas:

"I porque Pedrarias lo entendió, se detuvieron los Comarcanos, los que estaban más lexos, combatieron el Lugar de las Minas; pero como Pedrarias havia avisado á los Castellanos, hicieron mui buena resistencia, i mataron muchos Indios: i aunque ellos mataron á los Castellanos, que acertaron á hallar fuera de el lugar" (34).

La guerra a muerte contra el invasor español estaba declarada. Los motivos eran innumerables. Herrera, de nuevo, nos recuerda los ataques que tuvo que soportar Gabriel de Roxas en el pueblo de las Minas.

"Y como estas poblaciones daban pena á los Indios, dos veces embistió grandísimo número de ellos á Gabriel de Roxas, pero ambos los resistió...; fortificóse con vna Estacada, i pareciendo á los Indios, que havia dificultad en tomar el Lugar, fueron para hablar á Gabriel de Roxas, só color de tratar la paz, i reconocer la Fortificación... de tal manera que eran inquietados los Castellanos que decían, que les costaba bien caro el Oro que hallaban" (35).

Dos años más tarde de las muertes de Hurtado y Grijalva ocurridas en Villahermosa, atacaron de nuevo los indios a los españoles en un pueblo minero, que se llamó Santa María de la Buena Esperanza. en el río San Andrés, actual río Júcaro, cerca del poblado de Quilali.

"E como esta grangeria no les agradaba á los indios, porque avia de redumbar en más de trabaxo suyo, dieron sobre los chripstianos que allí se hallaron, é quemaron el pueblo é hierieron á algunos, é los indios quedaron con la victoria é las minas despobladas é quassi. Esto fué de mill é quinientos é veynte é nueve" (36).

Estos son algunos hechos bélicos relevantes. La enumeración puede ser mucho más intensa. Pero aquí nos interesa no sólo narrar estas luchas, sino profundizar en las causas que originaron los levantamientos. Para ello es necesario pasar a analizar algunos rasgos de la vida del indígena en estos tiempos.

III - LA VIDA DEL INDIGENA

El hombre reacciona ante los acontecimientos y situaciones que se le presentan en su vida. Por eso merece especial atención el que nos detengamos a conocer la situación real del indio nicaragüense en la conquista y cuando ésta se va consolidando por la fuerza de las armas y el indígena se tiene que ir sometiendo, aún contra su voluntad. Conociendo esta situación podremos comprender la actitud que toma el nativo ante tanta opresión e inhumanidad.

★ El hombre no debe tener como única esperanza la degradación y la muerte, la opresión y la ignominia. La libertad es su don más sagrado, su derecho irrenunciable. El ser humano será realmente humano en la medida en que sus condiciones de vida, físicas y espirituales, sean una realidad. Por eso en nombre de ningún hombre, ni de un emperador, ni de una nación, ni de Dios, se le puede quitar su dignidad de hombre, sin destruirle y des-

humanizarle. Quitarle la libertad es degradable, rebajarle a una condición inferior a la humana. Y ante esta agresión a tan sagrado don, el propio hombre, en muchas ocasiones, toma conciencia y se rebela. Tal es el caso de los indios nicaragüenses, que trataremos de ver en lo sucesivo.

La situación real está enmarcada en la ambición del español que viene a América. Su obsesión por ganar oro y plata hace que se sirva del indígena como de un simple objeto, sin importarle el dolor ni la angustia del que de la noche a la mañana ve sus tierras invadidas y su persona en peligro. No es el nativo objeto preferencial de los españoles en cuanto que le pudieran ayudar a humanizarse, sino medio de lucro, en cuanto que se van a servir de él con el fin de conseguir lo que realmente pretendían: enriquecerse lo más posible en el menos tiempo que pudieran. Se le convertirá, por tanto, en un simple medio, capaz de generar ganancia, bien sea como fuerza de trabajo gratis, en la mayoría de los casos, o convirtiéndole en otras ocasiones en objetos comerciables, sujetos a venta en cualquier mercado.

Veamos por pasos algunas de las situaciones que tuvo que vivir el indio:

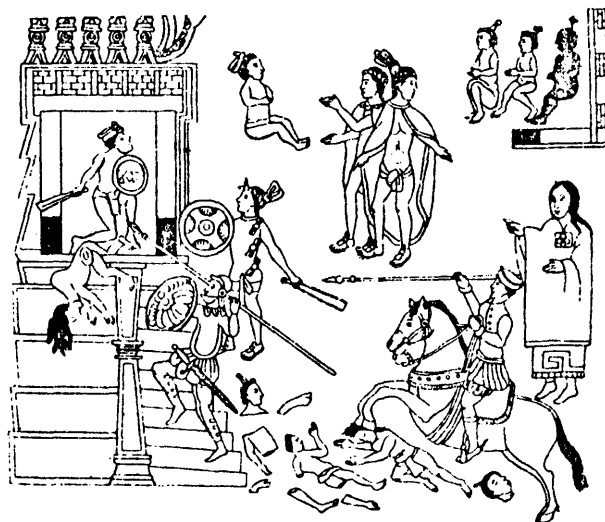
1).-EL INDIO DESPOSEIDO.

Los indígenas, acostumbrados a tener sus luchas contra grupos más o menos pequeños, de la noche a la mañana, se ven invadidos por otros hombres, que, trayendo armas totalmente desconocidas para ellos, como eran los caballos, lebreles, pólvora, armadura de hierro, hacen que se tengan que doblegar ante el poderío del invasor. Pero el golpe más duro sufrido por los nativos se le asestán los españoles cuando, en nombre del Rey de España, toman posesión de las tierras, que descubren y conquistan, en virtud de las bulas que les había concedido el papa Alejandro VI.

El hecho de que a golpe de espada, a olor a pólvora y a mordidas de lebreles se sientan amordazados y desposeídos de sus campos, de sus frutos y de sus personas es una realidad, pues los españoles no los dejaban tener "casa ni cosa propia" (37).

El cacique Don Gonzalo, pasados ya muchos años, relataba a Benzoní la forma de entrar los cristianos en su tierra y las imposiciones tan duras que exigían:

"Los cristianos piden el maíz, la miel, el algodón, la manta... piden oro y plata...venían a nuestros países matando, robando e incendiando...Nosotros ya no éramos dueños de nuestras esposas, ni de nuestros hijos ni de ninguna de las cosas que antes poseíamos" (38).



Los indios, pues, son desposeídos de todo: hijos, mujeres, cosas. Todo pasa a mano del español. Es un despojo radical. La tierra en adelante pasará al rey, a los españoles conquistadores y a los encomenderos. Las personas también serán una propiedad de los encomenderos, de los conquistadores y del rey. En adelante, en esta época, el indio propiamente no tendrá derechos. Sus derechos más elementales le han sido arrebatados a la fuerza, entre la sangre y las lágrimas.

2).-LOS REPARTIMIENTOS Y LA ENCOMIENDA.

El primero que introdujo la repartición de la tierra en Nicaragua fue Francisco de Córdoba, quien a la vez que poblaba la tierra y fundaba las ciudades de León y Granada aseguraba el sustento a sus pobladores, pues

"repartió y encomendó los indios a los pobladores chripstianos" (39).

La experiencia española anterior había sido pésima en otras partes. Por eso la corona reaccionó y en 1523, año del inicio de la conquista de Nicaragua, hay una instrucción del Emperador Carlos I a Hernando Cortés, que estaba en Nueva España y dice entre otras cosas:

"Otro sí, por cuanto por larga experiencia habemos visto que de haberse hecho repartimiento de indios en la isla Española y en otras islas que hasta aquí están despoblados...han venido en grandísima disminución... Por lo cual, vistos los dichos daños que del repartimiento de los dichos indios se sigue... pareció que nos con buena conciencia (pues Dios

Nuestro Señor crió los dichos indios libres y no sujetos), no podemos mandarlos encomendar ni hacer repartimientos de ellos a los cristianos, y así es nuestra voluntad que se cumpla. Por ende, yo vos mando que en esa dicha tierra no fagáis ni consintáis facez repartimientos, encomienda e depósitos de los indios en ella, sino que los dejéis vivir libremente...y cuando ésta llegase hobiéredes hecho algún repartimiento o encomendado algunos indios a algunos cristianos, luego que los recibiereis, revocad cualquier repartimiento o encomienda..." (40).

La misma prohibición hace a Lucas Vázquez de Ayllon, que era gobernador en la Florida en 1524. (41).

Sin embargo una era la orden del emperador y otra la forma de actuar la propia corona y los españoles en estas tierras. Por eso no es de extrañar que en Nicaragua tengamos ya los repartimientos tan pronto como los españoles se apoderan de la tierra. Posteriormente los que más se beneficiarán de ellos serán los propios gobernadores porque tienen la autoridad de hacer y deshacer a su gusto. No es, pues, ninguna sorpresa que en tiempos de los Contreras las tres cuartas partes de las tierras sean de ellos.

"Y si el Rey tuviera los tributos que Contreras tiene, que son las tres partes de cuatro de la tierra, tuviera que dar de comer a aquellos que Contreras tiene por suyos" (42).

Esto fue ley natural de los conquistadores y de la gente con autoridad de tal manera que podemos extender las palabras siguientes al común deno-

minador de la gente con poder, aunque se refieran a Hernán Cortés, por su actuación después de recibir la instrucción antes dicha:

"El tirano no curó hacer cosa de los que le mandaron, antes repartió lo mejor para sí de lo primero y después a los demás compañeros... que fueron con él" (43).

Así los españoles se apoderaron a la fuerza de las tierras, que pasaron de los dueños legítimos a manos extrañas, usurpadoras. Entonces repartidas las tierras, se planteó el problema de quién los tenía que cultivar, porque tierras sin brazos eran tierras estériles. Al conquistador que las adquirió le fue fácil encontrar esa mano de obra gratis en el mismo antiguo propietario, el indio. Por eso, repartidas las tierras se impuso la necesidad de repartir los indios, quienes debían ser adoctrinados en la fe cristiana por los encomenderos, dueños ya de la tierra y de los indios, o por algún religioso encomendado para enseñar la doctrina, al que el encomendero-dueño tenía la obligación de pagar. Así nacieron las encomiendas y los repartimientos.

Pero si la tierra se poseía con la obligación de adoctrinar a los encomendados, pronto se constató la verdadera religión de la mayoría de los españoles, cuyo único Dios y religión eran el dinero y el lucro. Con la encomienda le vinieron todos los males al nativo, desde la pérdida de su libertad hasta los fragelamientos y la muerte. No en vano Fray Bartolomé una vez convertido (pues él también al principio fue encomendero) protestó contra los codiciosos españoles, que incluso se resistían a la doctrina de los indígenas porque durante ese tiempo no producían:

"Y aún para dárnoslo para un rato para que los enseñemos, si se tardan más de lo que sus cobdicias los tasa, porque los parece que todo se pierde si se absentan una hora de los trabajos acostumbrados, los azotan cruelmente, como si diesen en unos mármoles" (44).

La encomienda, sobre todo la primera, vigente hasta la promulgación de las Leyes Nuevas en 1542, era en el fondo, según algunos autores, una especie de esclavitud sofisticada, pues el indio en las tierras repartidas no difería mucho de un esclavo. Martínez Peláez dice a este propósito que "la encomienda primitiva era... una manera de disimular bajo el pretexto de que se entregaba a los indios para cristianizarlos, el hecho de que se los repartía para explotarlos hasta la aniquilación. La esclavitud que se escondía tras el repartimiento y la encomienda primitiva no estaba, pues, legalmente autorizada. Era una esclavi-

tud virtual". (45) Otros entre ellos Lásca-
ris, sostienen que no es esclavitud difrazada sino simple encomienda. "Es un típico fenómeno moderno, que no se había dado en épocas anteriores" (46).

En la encomienda tenemos, de hecho, el primer trabajo forzado y deshumanizante del indio y en ella está ya firmada la sentencia de muerte del hombre aborigen, siendo una de las dos o tres causas principales de su exterminio.

3).- LA ESCLAVITUD.

Aún cuando al principio de la conquista existía en España la esclavitud legalizada y en América los descubridores y conquistadores, como Colón, adoptan una actitud similar a la de la Península, ya antes de la conquista de Nicaragua, había quedado legalmente suprimida. (47). Pero no faltaban quienes, ante los ataques de algunos teólogos a la guerra injusta de España, intentaron dar una base legal justificable a la guerra y como consecuencia de ella, entre otras cosas, a la esclavitud. Así tenemos el tristemente famoso Requerimiento de Palacios Rubios, que proclama que si los indios no se someten a la autoridad de la Iglesia y del emperador...

"Certificoos que con la ayuda de Dios nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas partes y manera que pudiéramos y os sujetaremos al yugo y obediencia de la iglesia, y al de sus magestades, y TOMAREMOS VUESTRAS PERSONAS, A VUESTRAS MUJERES E HIJOS, E LOS HAREMOS ESCLAVOS E COMO TALES LOS VENDEREMOS" (47-815).

El Requerimiento había sido escrito en 1514. Debía ser leído a los indios y estos tenían la obligación de no resistirse a aceptar el cristianismo y el dominio del emperador. No es una invitación a aceptar voluntariamente la fe, sino una conminación a no poner, trabas, so pena de verse obligado por las armas a aceptar una guerra "justa y legal".

El padre las Casas, máximo impugnador de este Requerimiento, nos recuerda la obligación que tenían de leerle y las consecuencias nefastas que implicó. Hablando de las conquistas de Pedrarias dice:

"Como llevase aquel triste y malaventurado gobernador instrucción que hiciese los dichos requerimientos para más justificarlos, siendo ellos de sí mismo absurdos, irracionales e injustísimos, mandaba, o los ladrones que enviaba lo hacían cuando acordaban de ir a asaltar o robar algún pueblo de que tenían noti-

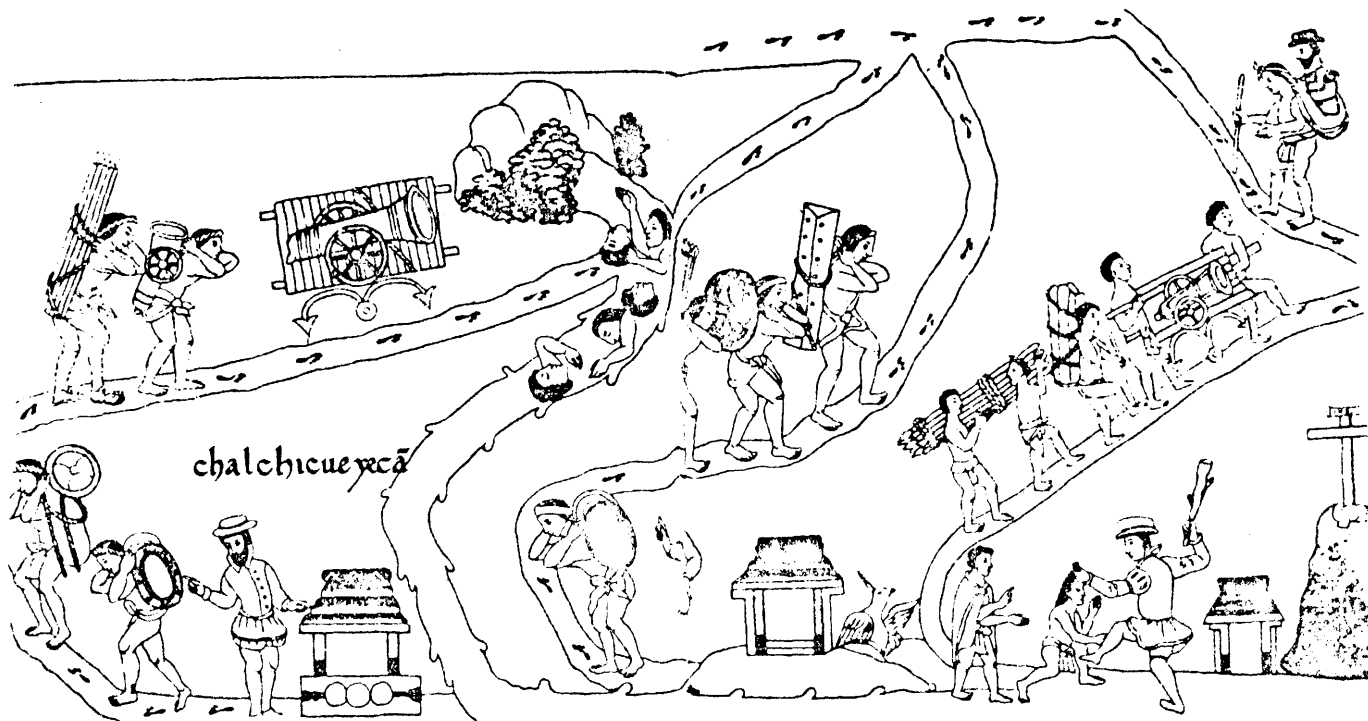
cia tener oro, estando los indios en sus pueblos e casas seguras, iban de noche los tristes españoles salteadores hasta media legua del pueblo, e allí aquella noche entre sí mesmo apregonaban o leían el dicho requerimiento, diciendo: "Caciques, e indios desta tierra firme de tal pueblo, hacemos os saber que hay un Dios y un Papa y un Rey de Castilla que es señor de estas tierras; venid luego a le dar la obediencia... Y sino, sabed que os haremos la guerra, e mataremos e castigaremos". Y al cuarto del alba, estando los inocentes durmiendo con sus mujeres e hijos, daban en el pueblo, poniendo fuego a las casas, que comumente eran de paja, e quemaban vivos los niños e mujeres y muchos de los demás, antes que acordasen; mataban los que querían, e los que tomaban a vida mataban a tormentos porque dijese de otros pueblos de oro, o de más oro de lo que allí hallaban, e los que restaban herrábanlos por esclavos" (48).

Al presentarse en Nicaragua Gil González también conminó a Nicaraó con el mismo lenguaje:

"Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir a los demás reyezuelos antes de obligarles, a saber: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le harían guerra y le obligaría" (49).

"E que si esto no quisiese hacer, ni ser vasallo del gran Rey de los chripstianos, que se saliese al campo de guerra, que otro día sería con él". (50).

El requerimiento era una necesidad española para justificar ante el mundo tanto la guerra como la esclavitud. Pero, como afirma Lásca-
ris, "al hablar de guerra justa, se entendía guerra de conquista, y no, por supuesto, defensiva" (51). Además, como la esclavitud estaba prohibida los defensores de ella trataban de legalizarla en la práctica recogiendo la ideología del Derecho Escolástico, que declaraba que los vencidos en guerra justa podían llegar legalmente a ser esclavos. Por eso señala el mismo autor, "que a los conquistadores les conviniera hacer creer que habían combatido con grandes masas; así podían herrar a toda la población" (52). El Padre Las Casas, con lujo de detalle, menciona cómo los españoles usaron este procedimiento en la realidad y cómo hacían énfasis en que los indios eran capturados en las guerras y, como consecuencia hechos esclavos. El protesta y se indigna y defiende que esa



guerra jamás fue justa porque no se daban las condiciones mínimas necesarias para ser declarada como tal. (53). Láscaris, profundizando en su análisis añade que "el problema que se planteó no fue el de la licitud de la esclavitud... El problema planteado fue el de la licitud de la causa concreta de la esclavitud; de ahí la importancia de que se declarase que la guerra en que había sido tomados esclavos había sido "justa". (54).

Aquí radica el pensamiento central del ataque de Fray Bartolomé, a la guerra injusta, lo que conlleva la esclavitud derivada de ella es también injusta. Ataca al efecto, pero primero intenta erradicar la causa:

"Luego como en todas las guerras que los españoles contra los indios han hecho haya faltado verdaderamente causa justa y real autoridad, siguese que hayan sido todas injustas, y por consiguiente que no hayan podido hacer uno ni ningún indio justamente y según derecho esclavo, ni en todas las Indias por esta vía lo haya" (55).

La forma de proceder en la lectura del Requerimiento, leyéndolo en una colina, en un barco o donde fuera, para "justificar" la agresión cumpliendo con un requisito legal (aunque los indios ni entendían ni hubieran podido comprender todo lo que significaba de fondo y si lo hubieran comprendido jamás lo podrían aceptar) nos hace comprender cuál es verdaderamente

el fondo de la cuestión. Por eso la amenaza de convertirlos en esclavos, no era sólo una posibilidad sino una realidad, que para los españoles convenía ponerla en práctica, puesto que así poseían esclavos para su servicio o para poder comerciar con ellos, como con cualquier objeto, aunque su valor no fuera muy grande, pues

"acaeció por una yegua dar ochenta ánimas racionales y ciento por un harto astroso caballo" (56).

No importa que esta cita haga relación a México, pues perfectamente puede ser aplicada a Nicaragua, ya que en nada diferían los procedimientos de esclavitud en México, en Centroamérica o en el Perú. En el mismo lugar leemos, siempre haciendo referencia a las formas de esclavizar,

"gobernador hubo que de una parada jugó quinientos indios que se escogiesen en el pueblo que él señalaba y que los tomasen por esclavos". (57).

Así podríamos ir enumerando infinitas citas donde se pueden ver las diferentes formas de esclavizar: por soborno, intimidación, presión, rapto, violencia a los caciques, amenazas de matar a los indios o quemarlos vivos, si no dicen que son esclavos etc. Para esto basta leer al Padre Las Casas (58), donde nos hace relatos espeluznantes, aunque el padre Motolinia, su acérrimo impugnador, le acuse de exagerado y calumniador (59).

La esclavitud, pues, era algo actual en ese momento y a pesar de que legalmente había sido abolida, las autoridades de la colonia y la propia corona la admitían y la fomentaban en la práctica. La presión de los conquistadores y encomenderos fue inmensa y el mismo Real Consejo autorizó a esclavizar:

"Una de las vías inicuas con que la gente desta provincia e reino de Nicaragua en tan breve tiempo ha sido miserablemente asolada, ha sido la triste licencia que ese Real Consejo ha dado para que puedan hacer esclavos" (60).

No se puede ni debe echarse la principal culpa de la esclavitud a las personas individuales, sino a la autoridad, pues

"Todas estas infernales cantelas sabían y veían los gobernadores y oficiales de Su Majestad y ellos mismos eran los inventores primeros y los que en ello tenían parte" (61).

Sabemos, además, que la corona cobrada el quinto, sobre el herraaje de los esclavos e incluso un funcionario real era el encargado de guardar los instrumentos de tan abominable acción. Por eso no era de extrañar que además de las marcas de los hierros de los particulares aparecieron también esclavos marcados con el hierro del Rey:

"Algunas veces los han herrado con el hierro del Rey en las caras y otras en los muslos" (62).

En 1511 se autorizó herrarlos en una pierna, pero ya desde antes se los herraba en la cara, (63) viéndose a la luz del día su condición social.

El herraje y la esclavitud significaron para la corona y los mercaderes de hombres solamente lucro; para la población indígena, sufrimiento y exterminio, pues no respetaban a nadie:

"También ha vuestra merced de trabar que se quite el hierro que se concede, y agora vino concedido para errar esclavos porque públicamente hacen indiferentemente a chicos y grandes y los van a vender a Panamá y al Perú y así se acabará muy brevemente esta tierra" (64).

Esta era una de las metas de la esclavitud: la venta de los propios esclavos. Suponía abundante ganancia para quienes tenían potestad de comerciar impunemente con las vidas ajenas y así Nicaragua fue casi despojada:

"E no creo que me alargo en la suma de los dos millones que he dicho, si se cuentan, sin los muertos, los indios que se sacaron de aquella gobernación de Castilla del Oro é de la de Nicaragua en el tiempo que he dicho, para los llevar por esclavos á otras partes" (65).

"Desta manera han sacado de aquella provincia indios hechos esclavos, siendo tan libre como yo, más de quinientas mil ánimas" (66).

A parte de la ventaja material que sacaban por la venta directa de los indígenas, no podemos olvidar que los españoles tenían gratis la mano de obra para sus trabajos y una fuerza de trabajo siempre disponible para todo aquello que les fuera menester (67). No es pues de extrañar que, cuando presionados por algunos elementos, como Fray Bartolomé de Las Casas, se publican las Leyes Nuevas y se tratan de corregir tantos abusos, los españoles piensen, y no sin razón, que se les moría la gallina de los huevos de oro y expresen al rey la necesidad de seguir teniendo esclavos, aunque sólo fuera "con ciertas condiciones".

"... Y porque por los generales clamores de los Castellanos de esta tierra...diciendo que sus esclavos no podían vivir, el Rei havia mandado, que los pudiesen hacer con ciertas condiciones...sobre este punto preveió luego el Rei, que de los hechos ninguno

se sacase de la tierra, i que por ninguna manera se hiciese ninguno, para adelante". (68).

Con la fórmula de "ciertas condiciones" se llega a la prohibición de hacerlos en adelante, aunque no se anulen a los ya hechos.

Pero de todas formas ya suponía un alivio para los indígenas, todavía libres, saber que no los podían hacer esclavos, según la ley, en lo sucesivo. Para los esclavos también suponía un paso adelante bien importante pues no se les podía vender ni sacar de la tierra, que era propiamente llevarlos a la muerte segura. Por eso la reacción española en Nicaragua no se hizo esperar con la actitud de los Contre-ras.

4).- LOS MALOS TRATOS.

Si los españoles habían llegado a dudar de la humanidad del indígena discutiendo si tenían o no alma y razón; si en la vida real, independientemente de las concepciones de tipo filosófico y teológico, se les negaban los derechos más elementales, entonces, el nativo, nicaragüense tuvo que vivir a lo largo de esta época un largo calvario. Ya hemos visto que los herrarban, los hacían esclavos y los vendían, con lo que propiamente está dicho todo. Sin embargo vamos a fijarnos en otros detalles, que también nos ayudarán a comprender las decisiones de este sufrido pueblo de luchar hasta la muerte, negándose a vivir como esclavos, buscando la libertad o la muerte.

a) SE LES OBLIGABA A TRABAJOS EXCESIVOS.

El trabajo de los dominados era un aliciente para el dominador y la base de su bienestar económico, por lo que al indígena se le obligada desde pequeño, sin tener en cuenta sus limitaciones físicas, a un trabajo forzado del que nadie se salvaba, ni mujeres, ni viejos. Todos los que pudiesen producir, fuera cual fuera su condición, eran útiles para el codicioso español:

"Tenían los españoles dentro de sus mismas casas todos los indios señores viejos, mujeres e niños, e a todos hacen que les sirvan noches y días, sin holganza, hasta los niños, cuan presto pueden tenerse en los pies, los ocupaban en lo que cada uno puede hacer e más de lo que puede... han fatigado, e opresso, e sido causa de su acelerada muerte de muchas gentes en esta provincia, haciéndoles llevar la tablazón e madera, de treinta leguas al puerto, para hacer navíos, y enviallos a buscar miel y cera por los montes, donde los comen los tigres; y han cargado e cargan hoy las mujeres preñadas y paridas como a bestias" (69).

"Porque los chripstianos los cargaban é mataban, sirviéndose dellos como de bestias, acarreando é llevando á cuestras de unas partes á otras todo lo que les mandaban" (70).

b) Injusticia

Sólo se puede hacer verdadera justicia al hombre cuando se le respetan sus derechos: a la vida, a tener una familia, a convivir con ella, a educar a sus hijos, a poseer cosas, a trabajar libremente, a vivir en libertad. Todo esto al nativo le había sido usurpado por el español, como hemos visto anteriormente. El hispano, dueño de la fuerza y de su ley, cometió en sinnúmero de atropellos, que quedaron sin hacer justicia y que cada día se iban grabando más en el alma del indígena.

Las autoridades que cometían los atropellos eran las mismas encargadas de hacer justicia, por lo que necesariamente ésta era pisoteada, (siempre con excepción de algunos) en muchísimas ocasiones. El Padre Las Casas y el propio Oviedo continuamente hacen mención de este fenómeno:

"Y demás desto, por la mayor parte, estos jueces que vienen acá á desagraviar los ofendidos, vienen pobres é adeudados é con desseo de no aver navegado tantas leguas solamente por amor del alma, sino para sacar de nescesség é pobreza su persona lo más presto quellos puedan; y esto no puede ser sino por prescio del que ha gobernado antes..." (71)

Según Bartolomé de Las Casas propiamente los únicos que velaban por los intereses de los indígenas eran los frailes:

"Y crea vuestra merced que los verdaderos servidores que su Majestad acá tiene son frailes, si son buenos religiosos, porque los otros todos, chicos y grandes, vienen por sus propios intereses, y otro cuidado no es el suyo...Y si cédulas e provisiones de su Majestad acá vienen, nunca parecen sino aquellos que son conformes a sus propios intereses...Miren y sepan, cuales andan acá las gobernaciones, que de los diablos del infierno no se dicen más males que de algunos gobernadores" (72).

Con esta forma de actuar tanto jueces como gobernadores no es de extrañar que sucedan cosas como la siguiente:

"Aquí está proceso hecho contra uno, que una hija de un señor quiso forzar, y porque ella no quiso, la metió en una casa de paja y la puso fuego y la quemó viva: ¡y la pena que le dieron fué condenalle a cinco castellanos!" (73).



No es de extrañar que gentes que dejan a sus mujeres más allá de los mares, que vienen con el ansia del lucro en su corazón y en sus mentes, que no tienen ningún principio moral fuerte, sean capaces de hacer éstas y otras anomalías. Por otra parte no se puede olvidar que el español entra a capa y espada a todos los obstáculos, que se le presentan, y que hombres, mujeres y niños sucumben al filo de sus armas. Las mujeres, que con frecuencia se veían forzadas, no podían sentir otra cosa el odio y el rencor ante aquellos que les habían arrebatado a sus maridos, padres e hijos. Y ante la negativa de la india, por las buenas, para tener relaciones sexuales con el invasor, éste dominaba por la fuerza y violaba a la indefensa mujer. Peláez, por eso, asegura que "el rapto y la violación de mujeres indígenas durante la conquista fue un fenómeno tan frecuente como el robo de alimentos, de joyas y de otros bienes. Igual impunidad presidía todas estas formas de pillaje" (74).

El indio era, pues, para el español el ser sin derechos: ni derecho a la vida, ni a la propiedad, ni a la libertad. Era aquel del que se podía usar y abusar, como de un objeto, sin que pudiera reclamar. Esto al menos en la práctica, en la primera época de la conquista (de la que aquí nos ocupamos) hasta que con la promulgación de las Leyes Nuevas se suavizan los malos tratos y se comienza a proteger y a hacer justicia al hombre indígena.

c) SE LES APERREABA.

Acostumbrados los señores feudales de Europa y los grandes de España a las monterías, máxima diversión de la nobleza, parece que esa costumbre se trasladó a Nicaragua, en tiempos del prepotente Pedrarias. No contentos con las monterías de animales, se divierten con los propios indios, cuando por algún motivo, por insignificante que fuera, desagradaban a estos perversos e inhumanos sanguinarios. Pedrarias y otros de su propia especie serán maestros indiscutibles en esta clase de cacería humana. A este propósito nos dice Oviedo:

"Hernando de Soto, el qual es uno de aquellos milites del gobernador Pedrarias de Avila...era muy dado a essa montería de matar indios...en las privincias de Castilla del Oro y Nicaragua" (74 BIS).

Hernando de Soto...graduado en las muertes de los naturales de Nicaragua..." (75)...se dedicaba también a aperrear a los indios, lo que significa que aperrear es hacer que perros comiesen é matasen, despedacando al indio..." (76).

"Pedrarias Dávila envió un capitán... é prendieron dellos diez é siete ó diez é ocho indios caciques é indios principales, é mandóles a Pedrarias aperrear é que los comiesen á ellos perros" (77).

d) SE LES CORTABA LA CABEZA

Por si lo anterior no fuera suficiente para colmar la capacidad del sufrimiento del hombre nos encontramos también con estos episodios del tiempo de Pedrarias, que nos indica, de nuevo, que aquí la vida no valía nada:

"Los echaban en cadenas porque no les dejaban las cargas de tres arrobas que les echaban a cuestras... E cuando algunos cansaban y se despeaban de las grandes cargas y enfermaban de hambre e trabajo y flaqueza por no desansarlos de las cadenas les cortaban por la collera la cabeza e caía la cabeza a un lado y el cuerpo a otro. Véase qué sentirían los otros" (78).

Esto que pudieran creer algunos como exageración del Padre Las Casas nos lo conlirma Antonio de Herrera al hablar de Martín Artete, teniente de Pedrarias:

"Tomó Martín Astete el camino del Cabo de Gracias á Dios...llevóse el Hierro de los Esclavos, aunque estaba en Vna Arca de tres llaves, en Granada, conforme á la orden del Rei, por herrar muchos á su voluntad: fue haciendo algunos desórdenes, i

crueidades, llevando los indios cargados, i encadenados, con Argollas, porque no se bolviessen: i porque vno se cansó, por no quitarle el Argolla, le quitaron la cabeza" (79).

Estas citas, a grandes rasgos, nos dan una visión de los sufrimientos que tenían que soportar los indígenas nicaragüenses, hombres nacidos, libres, pero a los que un sistema opresor foráneo les privó de la libertad y del derecho a la vida.

Ante tanta bestialidad, plasmada en los malos tratos y la falta de justicia; ante la dura servidumbre y los trabajos forzados; ante los castigos infringidos a su cuerpo y a su espíritu; ante la pérdida de su libertad por la esclavitud, el herraje, la venta de personas y la encomienda; ante el irrespeto a los niños, jóvenes y mayores; ante el rapto y la violación a las mujeres; ante la muerte trágica por la decapitación o por cacerías humanas; ante el insaciable anhelo y codicia de los gobernadores por convertir al indio en un objeto e instrumento de riqueza... ¿Cuál será la respuesta del indígena? ¿Se somete a la voluntad del todopoderoso castellano o se rebela? Y si se rebela ¿con qué fuerza cuenta?

IV.- LA RESPUESTA INDIGENA

En la historia hay pueblos, que sometidos a una dura servidumbre, aceptan de mayor o menor grado esa sumisión e incluso ideológicamente, a veces, encuentran justificantes puesto que, según piensan, es el destino de la vida: a unos les toca mandar y a otros someterse. Pero no siempre admiten otros pueblos esa ideología—difundida por el dominador— y caen en la cuenta de que el mandato de unos no debe ser la razón de ser de la sumisión de los otros, hasta su deshumanización. Por eso es importante que, cuando éstos toman conciencia de que los malos tratos y los sufrimientos, venidos por culpa de los amos y señores, degradan al que los padece, se sublevar y no aceptan tal dominio.

* La historia indígena de Nicaragua está salpicada de hechos gloriosos, que indican el grado de conciencia y de lucha combativa, que poseían estos pueblos. Ya hemos visto algunos de los momentos en que, con las armas en la mano, hacen resistencia a los conquistadores. Pero en la medida en que la conquista se va consolidando la capacidad combativa va mermando, en cuanto que se les ha ido reduciendo a la esclavitud, a las encomiendas y a la muerte, por lo que la población va disminuyendo considerablemente.

Sin embargo, aunque bélicamente estuvieran más sujetos, la capacidad de lucha del indígena nicaragüense

es de las mayores en resistencia contra el invasor, en esta época. A través de unos u otros métodos lucharán constantemente contra el estado denigrante a que el español los había sometido, sobre todo en tiempo del cruel Pedrarias. La lucha cuya emergerá desde el sufrimiento y la opresión. Veamos, pues, algunas facetas y rasgos de la lucha combativa de este glorioso pueblo, rebelde por naturaleza, contra la agresión y el dominio extranjero.

a) LOS CANTARES.

En todas las épocas de la historia el hombre ha reflejado su interior a través de los cánticos. Uno canta lo que es lo que siente. Las alegrías y las tristezas, las nostalgias y las esperanzas, los gozos y los dolores, que residen en el corazón humano, irrumpen hacia el exterior en forma de poesía, de cantos.

El indio, hombre sensible, siente como humano su palpitante diario. En él se hacen presentes lo pasado y lo presente. Siente la nostalgia de su pasado y la evoca, añorándola, porque el presente y el futuro no son para él otra cosa que pánico y dolor, muerte y desesperanza. Y todo eso lo canta precisamente porque lo siente.

Los caballos, los perros, la pólvora oían a muerte. Los trabajos y las fatigas, también. Para él el pasado era vida, pero ya ida, a la que sólo le unía el recuerdo y la nostalgia.

No conocemos los cantos en sí. Es posible que no fuera una canción invitando a un levantamiento, como en la canción protesta hoy se hace. Pero si es importante constatar que en su nostalgia se notaba la inconformidad con el sistema de opresión que le había implantado el español, como un siglo después lo haría también la obra del GUEGUENSE.

"Lo que en sus cantares pronunciaban era recontar los hechos y riquezas y señoríos y paz y gobierno de sus pasados, la vida que tenían antes que viniesen los cristianos, la venida dellos y cómo en sus tierras violentamente entraron, cómo les toman las mujeres y los hijos después de roballos cuanto oro y bienes de sus padres heredaron y con sus propios trabajos allegaron. Otros cantan la velocidad y violencia y ferocidad de los caballos; otros la braveza y crueldad de los perros, que en un credo los desgarran y hacen pedazos, y no menos el feroz denuedo y esfuerzo de los cristianos, pues siendo tan pocos, a tantas multitudes de gentes vencen, siguen y matan. Finalmente TODA MATERIA QUE A ELLOS ES TRISTE Y AMARGA, LA ENCARECEN

ALLI REPRESENTANDO SUS MISERIAS Y CALAMIDADES." (80).

El canto, como el dolor y el sufrimiento, los unía. Y en el canto, en la medida de sus posibilidades, había ya una denuncia y una condena a la inhumanidad que vivían, por la gracia de los "santos españoles", como irónicamente los llama Fray Bartolomé. (81). Ese dolor cantado y ese canto sufrido les sensibilizaba hasta no aceptar su vida como lo normal, sino como una imposición de quienes tenían toda la fuerza de su lado y con cuya fuerza no estaban de acuerdo.

b) LAS HUELGAS.

Trascendencia inusitada tiene en esta época las distintas huelgas que se llevan a cabo, ante la opresión y tiranía del Gobernador Pedro Arias Dávila. Vencidos por la fuerza de las armas, desarmados además, reducidos en grandes proporciones a esclavitud y torturas, impotentes ante el poderoso español, aparentemente diera la impresión de ser ya un pueblo abatido. Sin embargo su espíritu de lucha, su alma aguerrida, su ánimo inculdicable, les impulsarán a seguir luchando, a su manera, con las armas que cuentan: su voluntad férrea y su ansia de libertad. Es el pueblo todo el que unido no se resigna a vivir como esclavo. Es el pueblo que arriesga su vida buscando también vida. Es el pueblo que prefiere morir con dignidad antes que vivir indignamente. Es el pueblo que se rebela a estar muriendo y busca su vida aún con el riesgo de su muerte. Es un pueblo que denodadamente busca vivir, pero libremente.

Algunas facetas que encontramos en los cronistas nos indican que los indios de Nicaragua emplearon el sistema de huelgas, que a continuación enumeramos:

1.- HUELGAS DE SIEMBRA:

* Fray Bartolomé, el español que vivió y sintió con el indio y con el indio se indignó por los malos tratos con que España trataba a los nativos, nos cuenta cómo éstos, en tiempos de Pedrarias, debido a unos repartimientos, hicieron una huelga de siembras, que costó la vida a muchos miles de personas.

"Una vez porque quiso hacer nuevo repartimiento de los indios, porque se le antojó (e aun dicen que por quitar los indios a quien no quería bien e dallos a quien les parecía) fué causa que los indios no sembrasen una sementera, e como no hubo para los cristiannos, tomaron a los indios cuanto maíz tenían para mantenerse a sí e a sus hijos, por lo cual murieron de hambre veinte o treinta mil ánimas" (82).

2.- HUELGA SEXUAL:

Por aquellos tiempos los naturales de Nicaragua sienten el deber de tener un control de natalidad, motivados no por la alarma de la expansión demográfica y la falta de alimentos, que muy posteriormente alarmarían al mundo, sino por la conciencia que tenían de que no debían procrear hijos, si éstos no tenían perspectivas de vivir una vida más humana y esperanzadora que ellos. ¿Qué esperanza podían tener los que conocían la manera de actuar del inicuo Pedrarias y de sus compañeros? ¿qué esperanzas les quedaba a los que cada día se sentían vendidos, herrados y esclavizados? Ninguna. Y sin esperanza no querían vivir porque sabían, por su propia experiencia, que el hombre sin esperanza ya está viviendo su propia muerte. Y para sus hijos no querían la muerte, sino la vida. Por eso se rebelan y al parecer con resultados positivos. Este episodio es contado por Gómara y Herrera:

"No dormían con sus mujeres para que no pariesen esclavos de españoles. Y Pedrarias, como en dos años no nacían niños, les prometió buen trato" (83).

"Estaban los Indios muy descontentos, porque se les guardaba poca justicia, i havia dos Años, que no dormían con sus Mugerres, porque no pariesen Esclavos para los Castellanos" (84).

3.- HUELGA DE HAMBRE:

El pueblo indígena nicaragüense no solamente se resignaba a morir de hambre porque no había comida, ese no es el caso, sino que se decide voluntariamente a morir de hambre, porque escoge ese género de muerte. Así se desprende de la narración de Benzoni, contada por el cacique Gonzalo, testigo de excepción en toda la lucha indígena antiespañola:

"Otros se dejaban morir de hambre" (85)

c) OTROS GENEROS DE MUERTE.

A parte de todo lo anterior nos encontramos también en los cronistas otras formas de muerte del indio, como el suicidio, el infanticidio, el parricidio o el aborto, en señal de que preferían la muerte propia o de sus hijos antes que soportar la vida miserable que llevaban.

"A tal punto llegaron las cosas que muchos de nosotros mataban a sus hijos, otros iban a colgarse" (86).

"Las mujeres paridas matan sus criaturas y las preñadas las echan fueran del cuerpo" (87).

V - CONCLUSION:

Esta es la lucha habida por el pueblo indígena nicaragüense en la primera parte de la conquista y que nos da la idea exacta de la bravura, rebeldía y valentía de este pueblo. No es, pues, un pueblo nacido para vivir sometido y en el encontramos ya el germen de la libertad que a lo largo de la historia ha estado latente en una gran parte del pueblo nica. Era un pueblo nacido para la libertad, por la que luchó hasta la muerte. Un pueblo ungido con la bandera de la libertad, la sangre, la vida y la muerte.

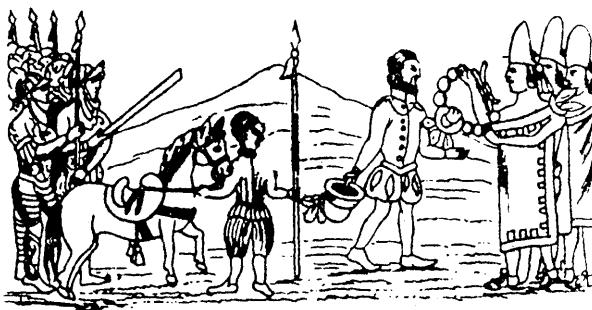
Y Nada mejor nos resume su lucha, que el relato ya mencionado del cacique Gonzalo, del que hemos hecho alusión y que aquí transcribimos íntegramente. El es una síntesis de lucha libertaria:

"Qué cosa es cristiana en los cristianos?. Piden el maíz, la miel, el algodón, la manta, la india para hacer un hijo; piden oro y plata. Los cristianos no quieren trabajar, son mentirosos, jugadores, perversos, blasfemos. Cuando van a la iglesia a oír misa murmuran entre si". Finalmente concluyó que los cristianos no eran buenos, y como yo le objetaba que los que hacían esas cosas eran los malos, y no los buenos, me contestó: ¿"Y los buenos dónde están? que yo no he conocido otros salvo estos malvados". Cuando terminamos de hablar de este asunto, le pregunté en qué manera y por qué habían dejado ellos entrar a los cristianos a su país, y me contestó con este tenor: "Tú debes saber, que cuando nosotros oímos cómo los cristianos venían a nuestros países y nos dimos cuenta de las crueldades que cometían en todo lugar, matando, incendiando, robando, convocamos a nuestros amigos y confederados, y reunidos en consejo decidimos luchar y morir todos combatiendo valerosamente, antes de ser sojuzgados por ellos. Con tal determinación preparamos lanzas, piedras, flechas y otras armas, y tan pronto como los cristianos llegaron a nuestros pueblos, y los atacamos y combatimos una buena parte del día. Pero al final la mayoría de los nuestros, asustados por el ímpetu de los caballos, se pusieron en fuga. Mandamos luego dos embajadores al capitán de los cristianos a pedir la paz, pero con la intención de renovar nuestras fuerzas; nos aceptó como amigos y buena parte de nosotros, fingiendo, fuimos cantando y bailando a visitarlo, y les llevamos muchas joyas de oro y otras cosas. Regresamos a nuestras casas y en tres días nos reorganizamos y

atacamos a los cristianos. Más pronto, como la otra vez, los nuestros huyeron, y así de nuevo, y con la misma intención que antes, volvimos a pedir la paz. Habiéndola obtenido, reunimos nuestra gente y después de discutir llegamos a una firme y deliberada determinación: antes morir todos que quedar siervos de los cristianos. Decidimos que si algunos de nosotros diese la espalda para huir, sería muerto por nosotros mismos sin ninguna contemplación, y con esta resolución nos preparamos para ir al asalto de los cristianos. Pero nuestras mujeres, que habían oído tal decisión, se nos acercaron, y entre lágrimas nos rogaron y suplicaron que antes de morir de aquella manera sirviésemos más bien a los cristianos; más si nuestra voluntad era realmente poner en acto lo que nos habíamos propuesto, que antes las matásemos, y con ellas también a sus pequeños hijos, para no quedar solas en manos de los crueles y fieros barbudos. Debido a tales súplicas de nuestras esposas, depusimos las armas y nos sometimos a las rapacisimas

manos de la nación cristiana. Sin embargo en breve, a causa de tantos malos tratos que sufríamos cada día, algunos pueblos se sublevaron; pero fueron castigados por los españoles de manera tal que hasta a los niños los hacían morir a punta de espada. No contentos con eso apresaban a otros bajo pretexto de que querían rebelarse contra ellos, los atormentaban y los vendían como esclavos. Nosotros ya no éramos dueños de nuestras esposas, ni de nuestros hijos, ni de ninguna de las cosas que antes poseíamos: a tal punto llegaron las cosas que muchos de nosotros mataban a sus hijos, otros iban a colgarse, otros se dejaban morir de hambre. Finalmente, después de tantos innumerables e intolerables trabajos, fatigas y miserias, llegó la provisión del Rey de Castilla por la cual nos restituían la libertad" (88).

Esta es, pues la historia, a grandes rasgos, de las luchas indígenas habidas en Nicaragua desde la llegada de Gil González hasta la promulgación de las leyes nuevas en 1542.



NOTAS

- (1) CASAS, Fray Bartolomé de las: "Brevisima relación de la destrucción de las indias. De la Provincia de Nicaragua. Serie de crónicas N° 1 del Banco de América, Managua, 1976, Pág. 93.
- (2) ANGLERIA, Pedro Mártir de: "Decadas del Nuevo Mundo". Cap. III y IV. Serie de crónicas N° 1. Pág. 21-24.
- OVIEDO, Gonzalo Fernández de: "General y natural Historia de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar Océano". Libro XXIX, Cap. XXI, IV. Serie de crónicas N° 3 Banco de América, Managua, 1976, Pág. 170-171.
- (3) WHEELLOCK, Jaime: "Raíces indígenas de la lucha anticolonialista en Nicaragua". Siglo XXI, Pág. 1.
- (4) ANGLERIA: O.C. Cap. III, 3. Pág. 22
- (5) IDEM: O.C. Cap. III, 3. pag. 22
- (6) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, IV, Pág. 171.
- (7) IDEM: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, IV, Pág. 169 También en ANGLERIA, Cap. III, 2. Pág. 21.
- (8) PEREZ ESTRADA, Francisco: "Nicarao ante el conquistador en VENTANA, Pág. 9, (21-Febrero 1981).
- (9) IDEM: "Primera Batalla nicaraguense antimperialista" en VENTANA, Pág. 13 (25-Abril 1981).
- (10) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, IV, pag. 168
- (11) IDEM: O.C. Libro XXIX, Cap. XXIX, IV, pag. 172.
- (12) HERRERA, Antonio de: "Historia General de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano". Década III, Cap. VI, Serie de crónicas N° 2, Banco de América, Managua, 1975, Pág. 22
- (13) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, IV, Pág. 173.
- (14) IDEM: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, V, Pág. 175
- (15) IDEM: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, V, Pág. 176.
- (16) MS CAKCHI-QUEL, Parralo XXVII. Citado por Constantino Lascaris en "Historia de las ideas en centroamérica". Educa, Pág. 27.
- (17) DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España". Citado por Lascaris, O.C. Pág. 27.
- (68) OVIEDO: O.C. Libro XVI, Cap. VIII. Citado por Lascaris, O.C. Pág. 27.
- (19) HERRERA: O.C. Pág. 22 (Cita 12).
- (20) IDEM: O.C. Década III, Cap. XII, Pág. 36.
- (21) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, XXXI, XXII, pag. 214
- (22) BENZONI, Girolamo: "Historia del Mundo Nuevo". Serie de crónicas, N° 1, Pág. 131-132.
- (23) OVIEDO: O.C. Libro XLIII, Cap. XI, Pág. 444-445.
- (24) IDEM: O.C. Libro XXXI, Cap. I, Pág. 247.
- (25) AYON, Tomás de: "Historia de Nicaragua". Tomo I. Colección Cultural del Banco de América, Pág. 201
- (26) IDEM: O.C. pag. 201
- (27) OVIEDO: O.C. Libro XXXI, Cap. II, Pág. 250.
- (28) IDEM: O.C. Libro XLII, Cap. XII, Pág. 455.
- (29) IDEM: O.C. Libro XLII, Cap. XII, Pág. 454
- (30) HERRERA: O.C. Década III, Libro IX, Cap. X, Pág. 53.
- (31) OVIEDO: O.C. Libro XXXI, Cap. VI, Pág. 255.
- (32) WHEELLOCK: O.C. Pág. 19-20.
- (33) HERRERA: O.C. Década IV, Libro III, Pág. 56.
- (34) IDEM: O.C. Década IV, Libro III, Pág. 56-57
- (35) IDEM: O.C. Década IV, Libro III, Pág. 57.
- (36) OVIEDO: O.C. Libro XLII, Cap. XII, Pág. 454
- (37) LAS CASAS: "Brevisima relación de la destrucción de las indias" Tomo CX. Ediciones Atlas, Madrid, 1958, Pág. 146.
- (38) BENZONI: O.C. Pág. 127.
- (39) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, Cap. XXI, XXII, Pág. 214
- (40) LAS CASAS: "Tratado de las doce dudas". Tomo CX. Ediciones Atlas. Pág. 513
- (41) IDEM: Ibidem.
- (42) IDEM: "Representación a la audiencia de los confines" (22-X-1545). Tomo CX. Pág. 220.
- (43) IDEM: "Tratado de las doce dudas". Tomo CX. Pág. 514
- (44) IDEM: "Carta a un personaje de la corte", serie de crónicas, N° 1, Pág. 74-75.
- (45) MARTINEZ PELAEZ, S.: "La Patria del Criollo". Educa, 1975, Pág. 63.
- (46) LASCARIS: O.C. pag. 96-106
- (47) KONETZKE, R.: "America Latina. Epoca Colonial". Siglo XXI, Pág. 153-160.
- (47 bis) PALACIOS RUBIOS, Citado por Peláez en O.C. Pág. 64.
- (48) LAS CASAS: "Brevisima..." Tomo CX, Pág. 144.
- (49) ANGLERIA: O.C. Cap. III, 2. Pág. 21.
- (50) OVIEDO: O.C. XXIX, Cap. XXI, IV, Pág. 168.
- (51) LASCARIS: O.C. Pág. 86.
- (52) IDEM: O.C. Pág. 63.
- (53) LAS CASAS: "Tratado sobre los indios que se han hecho esclavos". Tomo CX, Pág. 258.
- (54) LASCARIS: O.C. Pág. 64.
- (55) LAS CASAS: "Tratado sobre los indios que se han hecho esclavos". Tomo CX, Pág. 259.
- (56) IDEM: Ibidem, Pág. 262.
- (57) IDEM: Ibidem, Pág. 262.
- (58) IDEM: Ibidem, Pág. 258-268.
- (59) MOTOLINIA, Fray Toribio de Benavente: "Carta al emperador". N° 129 de Porrúa, Pág. 205-221.
- (60) LAS CASAS: "Carta a un personaje de la corte". Serie de crónicas N° 1, Pág. 75.
- (61) IDEM: "Tratado sobre los indios que se han hecho esclavos". Tomo CX, Pág. 262
- (62) IDEM: Ibidem, 260.
- (63) LASCARIS: O.C. Pág. 63. Las marcas más frecuentes fueron la S y la C, cruzadas por una una barra, que luego quedaron como símbolos de monedas, una el dólar y otra el peso.
- (64) LAS CASAS: "Carta a un personaje de la corte Serie de crónicas, N° 1, Pág. 77.
- (65) OVIEDO: O.C. Libro XXIX, Cap. XXXIV, Pág. 227.
- (66) LAS CASAS: "Brevisima relación..." Serie de crónicas, N° 1, 96.
- (67) SIMPSON, Lesley Byrd: "Los conquistadores y el indio americano". Ed. Peninsula, Barcelona, 1970, Pág. 20.
- (68) HERRERA: O.C. Década, V, Libro VII, Cap. II Pág. 66-67.
- (69) LAS CASAS: "Brevisima relación..." Serie de crónicas, N° 1, Pág. 95
- (70) OVIEDO: O.C. Libro XLII, XI, Pág. 442
- (71) IDEM: O.C. Libro XXIX, Cap. XXIV, Pág. 199
- (72) LAS CASAS: "Carta a un personaje de la corte" Tomo CX, Pág. 63-64.
- (73) IDEM: Ibidem, Pág. 61
- (74) MARTINEZ PELAEZ: O.C. Pág. 261
- (74 bis) OVIEDO: O.C. Libro XVII, Cap. XXI y XXIII, Pág. 114-115.
- (75) IDEM: O.C. Libro XVII, Cap. XXVI, Pág. 117
- (76) IDEM: O.C. Libro XVII, Cap. XXIII, Pág. 116
- (77) IDEM: O.C. Libro XLII, Cap. XI, Pág. 443
- (78) LAS CASAS: "Brevisima..." Serie de crónicas N° 1, Pág. 94.
- (79) HERRERA: O.C. Década IV, Libro III, Cap. II, Pág. 56.
- (80) LAS CASAS: "Apologética Histórica" Serie de crónicas N° 1, Pág. 89-90.
- (81) IDEM: "Carta a un personaje de la corte". Serie de crónicas N° 1, Pág. 72.
- (82) IDEM: "Brevisima..." Serie de crónicas N° 1, Pág. 72.
- (83) GOMARA, Francisco López de: "Historia General de los Indios". Serie de crónicas, N° 1, Pág. 221.
- (84) HERRERA: O.C. Década IV, Libro III, Cap. II, Pág. 58.
- (85) BENZONI: O.C. Pág. 132.
- (86) IDEM: Ibidem, Pág. 132.
- (87) LAS CASAS: "Carta a un personaje de la corte". Tomo CX, Pág. 62.
- (88) BENZONI: O.C. pag. 131-133